

CIVILIZACION TRADICIONAL PERUANA

CUARTA LECCION

Chimus y chinchas.—Origen de los Incas.

Habíamos quedado en la ruina del imperio de Tiahuanaco, causada a mi parecer por los aymaras, hermanos y rivales de los quechuas, como su lengua, mitología y tradiciones lo indican.

En la Costa, Moche y Supe, Pachacámac y Nazca han descubierto, en sus capas profundas, los vestigios de Tiahuanaco. El estilo tiahuanacuense en lo posterior se atenúa y se extingue, principalmente en las riberas del Pacífico, para dar paso a la reanudación de las culturas locales, la cual, sin embargo, se realiza introduciendo notables innovaciones, que se explican por inmigraciones sucesivas. Los mitos las expresan. Así como el dios Con, en todo el Perú, representó a mi ver una irradiación centroamericana, directa o indirecta, del numen supremo creador y civilizador, así el dios Pachacámac (cuyo peculiar nombre debió de ser **Irma**, a juzgar por un dato del Oidor Santillán), significa otra invasión religiosa y aún étnica, pues su leyenda refiere también que reemplazó con nuevos habitantes a las criaturas de Con, a quienes convirtió en animales oscuros. Al santuario de Irma, en el valle después llamado de Lurín, acudían peregrinos de todo el Perú, y muy particularmente del litoral o llanos **yungas**, hasta de distancias de 300 leguas. Subsisten pormenores de una especial emigración, venida por mar a Chicama, y extendida cuando menos a Pacasmayo (Pacatnamu) y Lambayeque (Lampayec). Según Cabello Balboa, la dirigía el rey Naymlap. Sus cortesanos y servidores se llamaban Fongasigdé, Pitasofi, Ollopcopoc, Llaschilulli, Xam, Ochocallo, que recuerda el **cali** o el **catl** nahua; y entre sus here-

deros se nombraban los príncipes Cium, Cumtipallec, Nofanech, Lanipatcum, Tempellac, de eufonía maya. Otros patronímicos mochicas ulteriores son Xualap, Chialap, Chanchén, Nanllún, Ulmux, Tecop, Xacmal, Jutepete, Tolloc, Chipnuc, Yecmic, Uxuel, Coxtol, etc. Desembarcó Naymlap en las bocas del río que denominaba Faquislangá (hoy Chicama o Facalá). Edificó un templo que se decía Chot. Atendamos a que Chob es una divinidad maya; y a que Cium, sucesor de Naymlap y tronco de numerosa prole, se asemeja mucho a la palabra maya **yum**, que significa padre. Los colonizadores hubieron de llegar a las sierras inmediatas de Otuzco y Contumazá, donde Chota y Sinsicab, Usquil, Monchacab, Uningambal, Guzmango y Chuquimango evocan lugares y voces de Centro América. No se trata del **mallcu** quechua o aymara: hay un inmediato Guaymango en San Salvador. Al norte de Cajamarca, entre las muy quechuas Bambamarca y Cochabamba, se estableció otra Chota, rodeada también de exótica toponimia: Nanchiod, Niepos, Tocmoche, Chancay, Chulit, Nomoyoc, Collud. Si tal sucede en la serranía cajamarquina, la propagación de la onomástica forastera es lógicamente mayor en los campos y quebradas de Trujillo y Pacasmayo: Chanchán, Cao, Nepén, Virú, Mocán, Sipán, Tinacap, Charat, Coipín, Chépén (que antes se llamaba Chepentepac), Lloc, Paiján, Cajanleque, Jequetepeque. Aquí hasta el **tepec** nahua resuena. Las localidades parecen ecos de las de Panamá, o de las de San Salvador y Guatemala. Cualquiera creería, por los nombres, que los pueblos salvadoreños de Jayaque y Tamanique son fincas rústicas de Lambayeque o Trujillo. Tuvimos una aldea de Noquique, junto a Chérrepe, hasta mediados del siglo XVI.

Al cabo de algunas generaciones, los vástagos de Naymlap cayeron en el vasallaje de sus parientes o afines **chimus**, que construían con gruesos adobes Chanchán, junto a Mansiche, al septentrión de los deshabitados templos primitivos y tiahuanaguenses de Moche. Los últimos curacas de Lambayeque, súbditos ya del Gran Chimú y de los Incas, se apellidaron todos Pisan, y sus nombres individuales fueron Llem, Chullum, Fellum y Pecfum. La terminación en **um** para los propios, y las en **ac**, **al** e **il** para los de lugares, son características de los mayas. Algunos de

esta región norteña peruana se reproducen en las cercanías de Lima (como Chancay, Collique, y la huaca de Mangamarca junto a Lurigancho); pero en general los valles limeños han sido recubiertos por toponimias quechuas y aymaras, que deben atribuirse en su mayor parte a mitimaes de los Incas. Los había aymaras en Carabayllo, donde existió una aldea Huancane; los hubo quechuas o aymaras en Chucuito y en Marcavilca, antigua designación del Morro Solar. Por eso las similitudes mochicas que para Lima he señalado, distan bastante de la certeza. El dios Pachacámac o Irma localizaba sus mitos, no sólo en su comarca, sino en la de Huaura o Végueta, con la leyenda de Huichama y del curaca Anat, únicas supervivencias de lengua yunga que allí se advierten. La región limeña parecía ya destinada a ser, como después lo ha continuado, el crisol en que se funden las razas peruanas. Estaba su quechuización tan avanzada cuando la conquista castellana, que los caciques de Pachacámac y Rimajtampu, conocidos por los primeros españoles de Hernando Pizarro y de Estete, se llamaban Taurichumpi y Sullcacumpi, y antes se recordaba a Pacallay (el de la huaca Sullana en Miraflores); el de Huaura se decía Huascapaychu o Huascapacha; el de Huarco, el moderno Cañete, Huarilli; el de Mala o Mallaque (en ayunas), Rincoto (Rinricoto); nombres todos de evidente extracción quechua, a pesar de la somera opinión de Tschudi. Lo eran de igual modo el pueblo viejo de Surco o Sullca, al lado de Armatampu (actual Chorrillos), y el de Maranga. Las ofrendas chimus abundaban en el santuario de Pachacámac, lo mismo cuando el monarca de Chanchán dominó en estas tierras, que cuando se independizaron de su hegemonía, para constituir el curacazgo teocrático de Cuismango, el cual, tanto como del **mallcu** aymara, puede derivar su título del Guzmango, repetido en Contumazá. El Gran Chimu logró un tiempo, según las Informaciones de Vaca de Castro, unificar toda la Costa, desde Nazca hasta Piura; "y algunos afirman que llegó hasta Puerto Viejo, y que le tributaban todos los yungas a los chimus, como a señores naturales antiquísimos, en más de veinte vidas más antiguos que los Incas". Realizaron así los costeños por esa época su unidad cultural y política. La continuidad lingüística de los chibchas es clara hasta el golfo de Guayaquil cuando menos. La del mochica

con los dialectos quayaquileños y de la isla de la Puná, no está aún patente; pero insisto en las analogías centroamericanas apuntadas. No tardaron mucho los valles centrales de Lima e Ica en segregarse de Chanchán: la fortaleza de Paramonga, cuyas obras defensivas miran al Sur, se ha considerado con razón como la definitiva frontera entre los estados chimus y el señorío de Cuismango. Banelier ha moderado y enmendado las exageraciones de otros peruanistas sobre la población de las metrópolis costeñas. Pachacámac nunca pudo abrigar más de 30,000 habitantes; y Chanchán propiamente llamado, menos del doble, porque entre sus edificios se intercalaban jardines, huertos y tierras de cultivo. Antes de la conquista incaica, había llegado Chanchán a tal decaimiento que pagaba tributo al congénere Guzmango de Contumazá.

Otra invasión tan indudable como la de Naymlap en el Norte, fué la de los chinchas en el valle a que impusieron su apellido, acreditada por los textos de Cieza y Garcilaso. Recordaban proceder de lejanas tierras, haber dominado y exterminado a los aborígenes, de muy baja estatura, y haber extendido su señorío por los valles de Pisco e Ica, y sus correrías por las alturas de Huaytará y las punas del Collao. La última leyenda, impugnada por Garcilaso, quien la declara fanfarronada mentirosa, necesita explicarse, tomando en consideración que si, como es verisímil, ascendieron de Ica al territorio chanca, y de Nazca a Cotahuasi y Caylloma, se encontraron efectivamente con poblaciones hermanas de los collas, que hablaban el aymara, y que en poco o nada diferían de las del Altiplano. La pretendida hermandad de los chinchas con los tan asendereados atacameños, no me convence en grado igual. No basta que coincidan en cerámica geométrica. La alfarería de toda esta porción de la Costa, al continuar la persistente herencia de Nazca, ha tendido de continuo a esa ornamentación estilizada y geométrica, en contraste con la chimu, que en todos sus periodos, desde el protoide, se inclina a lo figurativo y escultórico. La zona de transición o de eclecticismo entre ambas ya dije que se hallaba en Lima, particularmente en Nievería, ciudad ya abandonada cuando la venida de los españoles.

Los chinchas, al combatir con los chancas, padecían los lejanos efectos de la invasión colla. Corroborando mi tesis, no son

los aymaras los que nos han transmitido el vetusto y casi olvidado nombre de Tiahuanaco (Chucara), sino un quipocamayo de la región quechua altoperuana de Cochabamba, llamado Catari, con nombre totémico que es también quechua y relacionado con el culto de Huiracocha (Catari significa serpiente en ambos idiomas). Por el cronista jesuita Padre Anello Oliva nos consta que refería Catari ser Chucara o Chuncara el nombre primitivo de Tiahuanaco, muy explicable dentro del quechua: del verbo **chocarcarini**, apedrear, o **chucuni**, temblar de viejo, o del número diez, **chunca**, base del sistema de contabilidad, y de la partícula **raj**, antes. En puquina será Chucara casa del Sol; pero de ningún modo en aymara, en que casa es **uta** o **uyu**. Para Catari "el señor de Tiahuanaco y de todo el mundo" (¿dios o monarca?) se decía Huyustus, que parece provenir de los vocablos quechuas **ullu** y **ulluni**, fuerza viril y fecundación, como se colige por el signo de una piedra rota de aquellas ruinas. El mismo Catari nos cuenta que el dios Huiracocha fué apedreado en Copacabana, al lado de Tiahuanaco, y en Ilabaya de Locumba; estos dos últimos sitios de etimología aymara (originados de las raíces **ilave** y **aya**, y de **rucumpa**) y en la comarca donde vivían desde antaño los collas. Otra Chucara había precisamente al norte del Collao, no lejos de Ayaviri, donde dijimos que fué la resistencia de los huiracochas de amplios ropajes contra los invasores. Con la repetición de nombres locales, tan frecuente en las emigraciones de razas, los recién llegados fundaron en el mismo cantón otro Oruro (el menor u Orurillo), duplicación y probable recuerdo del de la provincia Cari, al norte del Aullagas. Estos bárbaros **caris** (varones o valientes) o **cara-cara**, título que se sabe fué el de su región junto a Oruro, y que significa en quechua **desnudos**, se parecen hasta en esa denominación a los **huitzil** (extranjeros sin calzones) destructores de Mayapán y vencedores de los **cocomos** mayas. Nuestros caris o collas se extendieron con su lengua y sus chulpas por Canas y Canchis, y torciendo luego al sudeste de Velille, por el nevado de Collahuata, ocuparon la provincia de Caylloma, a la que impusieron su propio nombre (Collaguas), y sometieron o expulsaron a los primitivos habitantes. Desde Caylloma y Cotahuasi, para los pastores aymaras, predilectos habitantes de las punas, el trán-

sito era fácil a Lucanas y Choclococha, donde los chancas, de ellos derivados, colocaron su **pacarina** o lugar santo. De allí, en época posterior, bajaron a arrebatar a la **muy antigua nación quechua** (Cieza, Crónica, Primera Parte, cap. 90) las feraces campiñas de Andahuaylas, cuando ya comenzaba la segunda dinastía de los Incas, la de los Hanancuzcos. Mientras por el lado Oeste se sentían así presionados los quechuas, aun había sido mayor el avance de los directos y legítimos collas por el Sur y por el Este. La quebrada del Urubamba fué invadida en épocas anteriores. Hay chulpas esporádicas al norte de Urcos, y en la misma Calca. Ya en la Montaña, el pueblo de Lares tiene etimología aymara; y las fortificaciones del Vilcamayo, según la acertada observación de un viajero, parecen dirigirse contra enemigos que avanzaran del lado meridional. En el centro, arriba de Velille, Chamaca hablaba un dialecto aymara, por la interpretación que del nombre del lugar se da en las Relaciones Geográficas, aunque allí se atribuya a la lengua particular de los Incas. Los quechuas venían a quedar rodeados, reducidos a un territorio, si no tan angosto como quieren los aymaristas, verbigracia Uhle, por lo menos muy amenazado y restringido. ¿Quiere decir todo esto que aceptamos paladinamente que el Cuzco preincaico y sus aledaños estuvieran poblados por collas, como pretende la escuela de Middendorf, o por puquinas, hermanos de los amazónicos arahuacos, según ahora lo sostiene el arqueólogo nacional Valcárcel? No da asidero para tales hipótesis la comprobada toponimia primordial. El Cuzco, antes del establecimiento de los incas, se llamaba Ajamama (madre o patria de la chicha), unión de palabras eminentemente quechuas, si las hay. Huanacauri, dos leguas y media al sur de la capital, santuario de los allcahuizas, tenía el nombre de Alpitay, formado de dos exclamaciones quechuas y del verbo **pittin**, separarse o desgarrarse, porque allí se realizó en efecto la definitiva separación de las tribus incas. Los aborígenes cuzqueños, anteriores a todos los ayllos incaicos, eran los huallas, pojes y laris. Valcárcel deducía antes **hualla**, muy verisimilmente, del quechua **huaylla**, pradera, vega amena. Hoy prefiere, siguiendo y extremando las indicaciones de Troll, derivar su etimología de las relaciones con la zona selvática y amazónica, del tronco arahuaco muy en moda. No hay que ir a buscar

tan lejos, en el arahuaco o puquina, lo que de manifiesto se ofrece en el quechua. A más de **huaylla**, pudo ser el origen, máxime para la estropeada transcripción española, la quechúisima palabra **huajlla**, cuya acepción de vivir mal, de manera desordenada y depravada, se aviene al concepto en que debían tener a aquellos naturales los conquistadores y civilizadores incas. Ni tampoco es tan enigmática la significación de **pojes**, que según los casos se aplica en quechua a los simples, y por metáfora a los primerizos, recién destetados, o por último, a los maduros, tardíos, hartos u otoñales. Quedarían con significación aymara probable (quizá es también quechua) los **laris** (cimarrones, gentes sin gobierno), calificativo que ha debido de aplicarse, desde el punto de vista colla, a fugitivos o alienígenas. Nótese además que los huallas obedecían como a peculiar curaca, estando a las informaciones españolas, a un Apu Carhua (jefe pálido o lívido), de apelativos muy castizamente quechuas; y que su adoratorio o pacarina, cuando no se permitía poseerlas a las razas extrañas dentro de la comarca del Cuzco, estaba en la inmediata quebrada de Patallajta y lucía el título de Antuiturco, que proven-drá, según la lección que se prefiera, de **anti** y de las raíces quechuas **turpo**, hincar o punzar, u **orcco**, cerro.

Los aymaras se hallaban entonces en la cumbre de su poderío, coincidente con la extinción de la cultura de Tiahuanaco. Cuando la sagrada ciudad del Collao estaba abandonada, cuando su estilo retrocedía y se apagaba, hasta desaparecer o poco menos en alfarería y tejidos, los aymaras—consecuencia lógica y comprobación de mi hipótesis—se dilataban por varios siglos, en esta especie de barbarie medioeval, desde Atacama y Arequipa, hasta la cuenca del Beni, y desde Chuquisaca hasta veinte leguas al sur del Cuzco, conforme textualmente lo consignan los relatos de Sarmiento de Gamboa. Hacia el siglo XII nos hallamos en la comarca de Paruro, fronteriza de las provincias quechuas por antonomasia, con la tribu de los incas, hermana de los otros **orejones**: chilques, mascas, acomayos, cahuinas y tampus, vestida y tocada como ellos; que emprende su emigración al Norte en busca de tierras fértiles. El lugar de Pacaritambo, desde el que iniciaron los incas su itinerario histórico, está a cosa de siete leguas al suroeste del Cuzco. Se levanta allí el cerro de Tamputojo, que era la pacarina o solar del

que creían haber salido, y ante el cual erigieron en los tiempos imperiales un gran templo y un palacio. Esta idea de nacer de las cavernas, que fueron sin duda sepulcros, de sus progenitores, está difundida en todas las razas andinas del mismo tronco, y recuerda el mito de los siete linajes nahuas, las siete cuevas de Chicomóztoc. En el cerro famoso de Pacaritambo hay tres ventanas: **Maras-tojo**, venerada como solariega por los **maras**, que hallaremos al norte del Cuzco, vanguardia de los inmigrantes; **Sutij-tojo**, oratorio de los **tampus**, que habitaron Pacaritambo y se dilataron en la quebrada del Urubamba; y el nicho principal, **Cápac-tojo**, venerado como origen de las cuatro parejas de Ayares, que simbolizaban los cuatro ayllos o tribus de los incas propiamente dichos. Los cronistas convienen en que de Pacaritambo partieron, y en que al mismo tiempo procedían del lago Titijaja, que fueron hijos del Sol (Intip-Churin) y que los creó Huiracocha, directamente o entregando su sagrada vara y sus leyes al curaca de Pacaritambo, padre de Manco Cápac y los otros Ayares (Cieza, Cobo, Sarmiento, Betanzos, Pachacuti Salcamañhua, etc.) Tántos y tan autorizados relatos vinculan ambos orígenes, el inmediato de Pacaritambo y el remoto del Titijaja o de Huiracocha, dios del Collao, que hay que rendirse a la evidencia de tal nexa, por más que Uhle se empeñara en tenerlo por contradictorio, sin aducir razón alguna para tan peregrina y caprichosa tesis. Los incas sostuvieron siempre, con la mayor constancia y ahinco, su oriundez del Titijaja; y al propio tiempo desdeñaban y reputaban extranjeros a los collas, cuyo nombre quiere decir en quechua **no maduros**, bárbaros, inexpertos. Con esto mismo coinciden el insultante epíteto de **asna-colla**, que les aplicaban en el imperio a los pretensos antecesores y progenitores de la casta soberana; y la verdadera interpretación de las palabras de Huáscar en la historia de Sarmiento (cap. 64), que no es la favorable a los pseudo-aymaras, admitida de ligero por algunos comentadores. En otros pasajes de Sarmiento, capítulo 37, se lee cómo al conquistar a los collas, el Inca Pachacútej los calificó de **gente tan inferior y desigual**, y ordenó derribar sus ídolos y huacas, que los incas no reputaron por deidades verdaderas. Incomprensible todo esto si de los collas hubieran descendido. En el Padre Cobo se consigna que arrojaron los incas a los collas de los santuarios injustamente poseídos por ellos en las

islas del lago y en Copacabana, y repoblaron esos lugares con gente traída del Cuzco, del linaje incaico. En la isla de Coata erigieron una estatua temenil llamada Titijaja, que representaba a la madre de las tribus incas, en su advocación lunar. Ciertamente que en el relato de la misma leyenda, el Padre Cobo, siguiendo las veleidades y confusiones de la tradición oral, pretende que los incas no habían adquirido antes noticia de dichos lugares, lo cual está desmentido por la inmensa multitud de autores fidedignos, que acreditan la aserción de haber venido los incas del Titijaja, y por la imposibilidad manifiesta de no haber llegado a Paruro y Pacaritambo los efectos del imperio tiahuaquense, que alcanzó a influir en puntos tan lejanos del continente. El título específico de **hijos del Sol**, culto totémico de los incas, por más que el sabeísmo hubo de estar muy extendido en la Sierra, lo explica la americanista Celia Nutall porque en Tiahuanaco, así como en Palenque, el tránsito del Sol dura doscientos ochenta y dos días, período de gestación de la criatura humana. Esta observación curiosa es una prueba más de la procedencia tiahuaquense de los incas. Por otra parte, los incas no se deformaban el cráneo como los collas, ni se enterraban en chulpas. Su quechuismo está con total evidencia probado por haber impuesto el quechua como lengua general de su imperio. La particular que ellos usaban era un mero dialecto quechua, aunque obscuro, según Pedro Pizarro, y bastante convencional y secreto. El Oidor Santillán certifica que la lengua quechua era natural de los indios de Pacaritambo, oriundez de los incas. Otra información, existente en el Archivo de Indias y publicada por J. T. Medina (**Imprenta en Lima**, primer tomo), reitera el origen e idioma quechuas de los incas, y su procedencia de Pacaritambo, que se llamó también Cajatambo (de **casa**, en quechua roto o frío). Reduplica el Padre Cobo la certeza aduciendo el testimonio del Príncipe D. Alonso Túpac Atau, el cual declaró que la lengua cortesana de los Incas no era sino el dialecto quechua regional de Pacaritambo. Por lo demás, los exámenes de Tschudi y de Markham han destruido la opinión de ser esta variedad lingüística de los Incas aymara puro, como Middendorf y otros lo sostenían. Bien se ve que en ningún caso habría sido posible tan extraña y fácil asimilación, porque habiendo prohibido los Incas, aun a los más altos curacas, emplear dicha

habla cortesana, resultaría absurda la prohibición del aymara, lengua nativa y arraigadísima en tantas regiones. Pero aunque esa habla cortesana o netamente incaica tuviera dentro del quechua frases artificiosas y raíces insólitas o arcanas, según ocurre en tantos pueblos de igual estado de cultura, no hay que imaginarla, como quieren algunos, una adelgazada y complicada lengua literaria, ni menos compararla con el **sermo eruditus** del latín, porque tal comparación descubre completa falta de sentido histórico y lastimosa debilidad de espíritu crítico.

Las cuatro parejas de Ayares incaicos nacidas del Cápac Tojo, se llamaban, ateniéndonos a las más seguras fuentes, Manco Cápac y Mama Ocllo, Ayar Auca y Mama Huaco, Ayar Cachi y Mama Cuca o Ipacura, Ayar Uchu y Mama Rahua. El número cuatro es mítico, lo mismo entre mejicanos y mayas, que entre peruanos. A partir de las tradiciones de Tiahuanaco se habla de cuatro hermanos progenitores (Manco, Colla, Tocay y Pinahua en Garcilaso, Parte Primera, Libro Primero, Cap. XVIII). Es el número sagrado **tahua** que sirve para las regiones del mundo y del imperio, y para los cuatro barrios primitivos del Cuzco, y que se repite desde los signos en forma de cruz en Tiahuanaco, la isla de Coati y Carabuco. Se colige por eso que, en la realidad histórica de la emigración, las tribus o cuadrillas fueran más de cuatro, aun sin agregar las precursoras de los maras, y de los tampus o ayllu le Sútij-tojo. Según las versiones más puntuales, fueron diez en efecto las parcialidades o bandos que partieron desde Pacaritambo con rumbo al Cuzco, a intervalos breves. Los nombres íntegros de los Ayares pueden cabalmente explicarse por el quechua, lo que es otra confirmación definitiva del quechuismo incaico. Ayar debe de proceder de **aya**, muerto, y significar en consecuencia antepasado, progenitor, tutelar padre difunto, lo mismo que el **mallqui** adorado en todas las tribus peruanas. De esta misma raíz **mallqui** (almáciga, lo transplantado o emigrado) o del **mallco** también quechua (polluelo, pichón de ave que comienza a volar), tiene que proceder totémicamente el nombre de **Manco**, quien según la tradición llevaba consigo en vasos de oro sagradas semillas vegetales y un pájaro dedicado al Sol y guardado en una petaca, que se llamaba **inti** (como el **quetzal** o pájaro solar en Yucatán y el Anáhuac). Tal es la in-

terpretación obvia y lógica, que armoniza con los totemes del aji y de la sal en los otros Ayares (Uchu y Cachi), y de sus mujeres Huaco (de **huácuc**, hoja de choclo), Cuca (coca) y Rahua (de **rau**, nieve, hielo). En aymara la sal se dice **jayu** y el aji **huaica**. Ir a buscar para **Manco** el **mallcu** aymara, porque se traduce jefe o capitán, es una incongruencia; pues el nombre del caudillo hubo de ser aquí, para guardar la correlación debida con los de los otros Ayares, no un título de honor y jerarquía en lengua extraña, sino la designación en la propia vernácula de su totem, simple o doble, tal como lo expresan las etimologías quechuas que he propuesto. Pretender que Ayar no se deriva aquí de **aya**, muerto, sino de la denominación aymara y quechua de la quinua silvestre, y que Ayar Cachi y Ayar Uchu quieren decir por consiguiente quinua con sal y quinua con aji, es un pueril despropósito para los hechos históricos que narramos. Más que a etimologías plausibles, se asemejan estas hipótesis risiblemente a recetas de cocina indígena. Ni es menos disparatado aducir, con los mismos arqueólogos, que expresan esos nombres la introducción en tierras cuzqueñas del procedimiento momificador, y del uso del aji y de la sal, porque en el Perú se sabía embalsamar desde los lejanísimos tiempos de la cultura de Nazca, y porque la agricultura y la explotación de las salinas no eran tan recientes en la región cuzqueña, de antiguo civilizada aunque entonces decaída. Otro general desbarro es tener a los allcahuizas por aborígenes del Cuzco. Palmariamente demuestran las Informaciones de Toledo que los allcahuizas eran ni más ni menos que los miembros de la tribu de Ayar Uchu. Su nombre proviene de **állicac** (noble, distinguido, de buen proceder). Bajo la primera dinastía, formaban uno de los ramos o bandos más poderosos de la nación inca. Eran los guardianes del gran templo de Huanacauri, y allí tenían por totem a un gavilán. Ya hemos explicado el quechuísmo de Alpitay designación arcaica de aquel santuario. Tribu sacerdotal y privilegiada siempre, aun después de haber perdido su antigua hegemonía, tuétano de la primitiva confederación incaica, es en extremo singular y paradójico que algunos escritores cuzqueños la reputen hoy aymara. No es menos inexacto y reparable que ateniéndose a las expresiones litera-

les de un texto de Sarmiento, contradicho por otros anteriores del mismo y rectificado al margen, a ruego de los indios nobles, en las Informaciones de D. Francisco de Toledo, por el Secretario General del Virreinato, Alvar Ruiz de Navamuel, se repite a los antasáyaj como autóctonos del Cuzco y extraños al linaje de los Incas, en el mismo nivel que a los huallas. A diferencia de éstos, los antasáyaj eran **orejones**, de la nación de los tampus. Pretendían como ellos haber salido en Pacaritambo de la cueva de Sútij-tojo. Entre los cabezas del linaje de los antasáyaj al tiempo del Virrey Toledo, figuraba un Ollantay, lo que esclarece el significado del célebre drama de su nombre, ensalzador de la excelencia y hazañas de los guerreros tampus y antis (en realidad la misma tribu). Su jefe legendario, cuando la fundación del Cuzco, fué Quizco Sinchi. En el área de la metrópoli cuzqueña, los habían precedido los sahuasiray, también **orejones** y hermanos suyos en Sútij-tojo. Era capitán de este ayllu a fines del siglo XVI, D. Martín Mayta Sahuasiray. Sus próximos consanguíneos antasáyaj, que arriba he mencionado, tenían el adoratorio, con la piedra representativa del progenitor Ayar, en el andén sagrado de Colcampata, prueba evidente de su genuino incanismo, porque a los alienígenas no se les permitía después del Inca Pachacútec retener huacas o ceques dentro del privilegiado recinto. A ninguna de estas particularidades han atendido los peruanistas que, como Ugarte, Valcárcel y el cuzqueño Pardo, los declaran extraños a los incas, sin reconocer la equivocación del subsanado texto de Sarmiento.

Las insignias atribuidas al Inca Manco y ostentadas por sus herederos, muestran casi todos los símbolos del culto de Huiracocha, relacionados en consecuencia con las tradiciones de Tiahuanaco. Los cetros, yauris o **champs** dobles, "en dos astas largas", como describe Cobo que se llevaban delante del Inca, son los que esgrime en cada mano el dios de la portada de la Acapana. Allí mismo aparece la serpiente o dragón, en el pecho de Huiracocha, y en su corona o aureola: es el **amaru**, distintivo o **huauqui** de los Incas, como lo vemos con Sinchi Roca y el Inca Huiracocha Yupanqui. El pájaro solar **inti**, totem de Manco, que quizá se confundió a veces con el **amaru** en piedra, es el **quetzal** mejicano del Sol, como

ya lo apunté, indisolublemente unido a la divinidad de Cuculcán o Quetzalcoatl, el prototipo de Huiracocha. El **súntur-paucar**, que siempre se erguía delante del soberano como insignia suprema, es a las claras la propia serpiente de plumas, causa y traducción exacta en nahua del nombre Quetzalcoatl; y las tres plumas derechas en que el **súntur-paucar** remata, las que coronan la aureola de Huiracocha en la Acapana, los tres rayos que salen de la cabeza del mismo dios en la visión del Inca homónimo, reparador de su culto. La **achihua**, dosel de plumas extendido sobre el monarca y conducido por cuatro príncipes ancianos, corresponde puntualísimamente al parasol de plumería de Quetzalcoatl; y con el mismo culto se vinculan la insignia del jaguar o puma y la de las sierpes enroscadas en bastones, que son los restantes principales blasones incaicos. De Méjico y Centro América (Tláloc y Códice de Oajaca) pasan a Chavín y Tiahuanaco; y de allí los incas los heredan y restauran, en su sentido y alcance primeros. La serpiente, para los indios del Tahuantinsuyu, simbolizaba el rayo (**illapa**). A más de sus adoratorios especiales, y del Toxanamaru y otras menores huacas Amaru cuzqueñas, levantaron, en el corazón del Cuzco imperial, entre el templo de Amarucancha y el Quishuarcancha de Huiracocha, la redonda torre de la Súntur-huasi, que por la forma circular reproduce las capillas de Cuculcán en Chinchén Itza y de Quetzalcoatl en Méjico. Parece la identidad de una sola religión. Los **tarpuntay**, colegio o linaje sacerdotal incaico, dedicados al servicio de Huiracocha y del Sol, se cubrían con las mismas túnicas anchas y blancas que compusieron la vestimenta de los famosos ministros prehistóricos del dios barbado, allá en las islas y riberas del Titijaja. La última insignia incaica, el **napa**, llama blanco adornado con orejeras de oro y pretales rojos, está sin ningún género de duda relacionado también con la meseta del Titijaja, cuyo distintivo conocidísimo fué en todos los tiempos.

Estos arcaísmos tiahuanacuenses, estos visibles nexos con los mitos del gran lago, venidos de Centro América, e incluidos en la liturgia y herencia de Huiracocha, nos presentan a los incas desde el principio en su verdadero y esencial carácter de restauradores. Ya muchos añejos analistas, como Cobo y Montesinos, lo

apuntan. Los incas, vástagos fieles de un mundo anterior, salvados de una catástrofe o diluvio social, representan una reacción neta, un decidido retorno a la unidad, al culto, arquitectura y supervivencias tiahuanaguenses, después del periodo de semiolvido, fraccionamiento, degeneración y barbarie, cuyos antagonistas francos y triunfadores fueron. El mundo incaico significa un renacimiento, algo atenuado, de Tiahuanaco. Libres nosotros por fortuna del progresismo unilateral y superficial del siglo XIX, podemos apreciar desde luego esta primera nota resaltante en la organización incaica, y comprender la necesidad y méritos de los que Vico llamaba **ricorsi**, a menudo indispensables y redentores. Después de las épocas mezquinas, confusas y anárquicas, la reacción equivale a mejoramiento, salud y regeneración. He aquí una de las más útiles enseñanzas de la protohistoria peruana.

QUINTA LECCION

Cuzco preincaico.—Sus pobladores.—Familia agnática o uterina en los ayillos de los Incas.

Hemos tratado ya del origen de los incas, de sus probables nexos con las anteriores culturas peruanas, de su emigración del Titi-tijaja a Pacaritambo y, tras largo intervalo, de Pacaritambo al Cuzco. Hoy, con el detenimiento que merecen los principios de las grandes cosas, la estrecha cuna de los grandes imperios, estudiaremos lo que era el Cuzco antes de su población por Manco Cápac y los clanes incaicos.

Hasta hace poco la imprudencia y la sobra de fantasía de algunos arqueólogos sustentó, en una artificiosa y retumbante división cronológica de estilos de arquitectura (primitivo, ciclópeo, poligonal, rectangular almohadillado y pulido isógono), la teoría del Cuzco preincaico mulmilenario. Siguiendo la moda antojadiza y violentando los textos, ya de por sí tan inseguros, de Montesiños, llegaron a devanear un vasto imperio aymara, cuyo centro imaginan en el Cuzco primordial. Se va imponiendo al cabo el buen sentido contra tales quimeras; y la crítica proclama ahora

que en el Cuzco, como en todas partes, han podido y debido simultáneamente emplearse varios aparejos de construcción, los cuales no son por consiguiente criterios bastantes para diferenciar épocas. Aduciré sobre esta materia una anécdota personal. Hace ya veinticinco años, visitando las ruinas cuzqueñas, discutía yo el punto con los arqueólogos locales, y me resistía a considerar preincaico lo que era megalítico o de grueso aparejo, sin otra mayor razón de primordialidad. Ellos se aferraban a su doctrina, que les permitía multiplicar siglos y ahondar la perspectiva prestigiosa. De repente, descubrí en un lienzo de pared el argumento más eficaz para robustecer mis dudas. La parte superior de un muro era poligonal, y la inferior pulida. No era posible suponer que lo más viejo, lo pretense preincaico, se hubiera conservado pendiente arriba, mientras los posteriores incas renovaban la parte baja. Mi contricante no cedió, y alegó confusas razones. Al presente, como los demás, está convencido de la simultaneidad de sistemas en las construcciones incaicas. Ojalá persevere en el buen rumbo. Mucho tiempo y esfuerzos se han malgastado antes de aceptar lo que era resaltante, de refulgente evidencia. Para desvanecer los soñado milenios del Cuzco preincaico, no hace falta sino atenerse a los datos ciertos de la arqueología y a las versiones de los cronistas fidedignos.

Las comarcas vecinas al Cuzco, las quebradas y provincias inmediatas, encierran sin duda antigüedades preincaicas. Hay chulpas de aspecto aymara en Canas y Canchis, y aún en Calca. Hay vestigios paleo-quechuas en Muyna, y en Ollantaytambo y lo restante de la cuenca del Vilcamayo. Pero en el mismo Cuzco, cuanto se ha hallado resulta incaico. Y efectivamente, en corroboración, ya Betanzos (cap. III), concordando con Garcilaso, Cieza y Sarmiento, nos asegura que antes de la venida de Manco no había en el valle del Huatanay sino pueblos pequeños, "de hasta treinta casas pajizas y muy ruines"; y que una gran parte de lo que fué después la ciudad del Cuzco, lo ocupaba un tremedal o ciénaga. Nueva semejanza con la condición primitiva de las análogas metrópolis imperiales, con las lagunas de Méjico, y los pantanos del Foro en la Roma regia.

Los huallas, aborígenes cuzqueños (con la relatividad que ha de entenderse esta palabra), primeros ocupantes conocidos de aquel distrito, pudieron muy bien ser de raza quechua, no sólo por su verisimil etimología y la de su principal curaca, que expuse en la lección anterior, sino por los nombres de los de su linaje, declarantes en las Informaciones del Virrey Toledo: Utca, Tillantu, Huampu, Chun, etc. Se apellidan con innegables denominaciones quechuas. De los otros aborígenes, **pojés** y **laris**, los primeros tienen también clara explicación quechua. Los laris, en cambio, llevan un título aymara, que se reproduce al oriente, en plena Ceja de la Montaña. No emularé, en contrario sentido, las extremosidades de las teorías que censuro, negando la realidad de las infiltraciones aymaras en los territorios cuzqueños y quechuas. Según mi hipótesis, los collas dilataron sus incursiones en ellos por algunos centenares de años después de la caída de Tiahuanaco. Lo que niego es que al norte de Tinta y de Pacaritambo esos elementos aymaras tuvieran la entidad e importancia que se pretende. Si lo más hubiera sido aymara, no se explican las emigraciones tan continuas y reñidas, ni el predominio de la lengua quechua, ni el contraste encarnizado entre dos tipos de cultura. Suponer con Von Buchwald, Middendorf, Uhle y Latcham, seguidos dócilmente por los nuestros, que el Cuzco incaico fué en sus orígenes una colonia colla, es infinitamente mucho más infundado que lo era, en arqueología latina, el envejecido prurito de convertir Roma en mera colonia etrusca. Si los laris fueron aymaras, no alcanzaron mayor influjo, por ser poco numerosos y muy atrasados. Los huallas, sus compañeros, no ofrecen ningún seguro rasgo de aymarismo. Preguntarlos por aymaras, me parece ya una arbitrariedad exorbitante, de aquéllas en que tan a menudo incurre esa escuela. Ir aún más allá, y achacarles origen uro y hermandad con los salvajes de la selva amazónica, como alguno lo hace, es, frente a los datos que poseemos, un antojadizo y falso testimonio, que frisa en la extravagancia.

Por la tradición verídica y concluyente que trae Sarmiento, se ve que la primera onda de los emigrados de Pacaritambo, la vanguardia de los incas, fueron los maras. Los temáticos filo-co-

llas declaran, con Latcham, que han de ser aymaras, porque la palabra **mara** no tiene significado en quechua, mientras que en aymara quiere decir **año**. Reparemos ante todo que la forma derivada y posesiva, dada a estos linajes por la leyenda, exige que los llamemos aquí **máraj** (como a sus paralelos, **sútij**), lo cual en quechua corresponde al modo abverbial **todavía, veamos, mejor, aún más, hacia eso**, sugestivo indicador de dirección, tanteo y mejoría, como rumbo de inmigrantes. De otro lado, el recuerdo de los maras se conserva por la aldea en que perdura su nombre, al norte de la pampa de Anta y al occidente de la quebrada del Urubamba, en completa región de habla quechua; y por las huacas de Apu Yahuira y Huicarihui (muy quechuas de etimología ambas), que les estaban asignadas en el camino de Carmenca y el Chinchaysuyu, siempre hacia Anta, junto a la heredad de Pijicho, que en el siglo XVI perteneció a la Compañía de Jesús (Cobo, tomo IV, libro 13, cap. XIII). Se comprende que, como sucede con todos los primeros invasores, rebasaran los maras el valle del Cuzco, empujados por los que vinieron después. En las **Fábulas y ritos** de Molina, vemos que los maras se asociaban con los **sútij** para los desfiles y procesiones en la fiesta de la gran purificación o del Situa. Estos sútij, orejones, o sean indios privilegiados, y hurincuzcos, del mismo modo que los maras, consta que vinieron igualmente de Pacaritambo y que eran consanguíneos suyos y de Manco Cápac. Refiriéndose a las mencionadas tribus, dice Sarmiento: "Salieron de donde los ingas y se llaman sus parientes. Y éste es punto substancial para lo de adelante" (cap. IX). Los sútij componían la extensa nación de los **tampus**; y eran linajes desprendidos de ellos los **sahuasiray** y los **antasáyaj**. Latcham dice que de los sútij sabemos muy poco. Cuando menos sabemos que su nombre en quechua quiere decir aproximadamente, **manifiesto, patente, empadronado, con título fijo y claro, gente conocida**. La nación de los **tampus**, incluida dentro de los sútij, era tan importante y se había extendido tanto en la cuenca del Urubamba, que en la solemne oración al Sol, reproducida por Molina (pag. 53), se la equipara a los incas cuzqueños por las siguientes palabras invocatorias: "¡Oh Sol, padre mío que dijiste: haya cuzcos y tampus; sean éstos

tus hijos vencedores de todas las gentes, pues para ello los hiciste!" A los tampus pertenece la leyenda o ciclo poético de Ollantay, cuyo nombre todavía se perpetuaba, a fines del siglo XVI, dentro del ayllu de Antasáyaj, que era **sútij** o sea **tampu**. Por su ostensible importancia y precedencia, dice el Padre Acosta que los incas del Cuzco creían a los tampus el linaje más antiguo. Sus ayillos filiales de Sahuasiray y de Quizco Sinchi o Antasáyaj, fueron los primeros incas u orejones que se establecieron en el valle del Cuzco, aliándose con los autóctonos huallas, los cuales vivían en las alturas del este, desde el Sajsayhuaman hasta San Blas y el Arco de la Plata. Es muy descaminada arbitrariedad la de hacerlos venir del oriente y al propio tiempo reputarlos aymaras, cuando está probada su procedencia de Pacaritambo y constituyen la entraña del quechuismo. Sahuasiray se deriva paladinamente de **sayhua**, poste o lindero, y de **sira**, que unas veces significa escorpión y otras echarse a dormir, tenderse o recostarse. En efecto, fueron los primeros radicados en el Coricancha y la junta de los dos ríos Huatanay y Tulumayo.

La tercera onda inmigratoria salida de Pacaritambo, está formada por los ayillos simbolizados en los cuatro Ayares y sus esposas, los cuales dicen haber invertido ocho años en el viaje, deteniéndose a poblar y sembrar en las estaciones intermedias. Uno de los ayillos, el de Ayar Cachi, regresó, según la fábula, a Pacaritambo; pero alguna porción de él debió de continuar con los restantes o fué después traída por Manco, pues figuraba entre los bandos del Cuzco el de Chahuin, del mismo linaje de Ayar Cachi. Dije en mi lección anterior que Huanacauri fué el sitio en que se apartaron los de Ayar Uchu para adelantarse por sí solos al Cuzco, dejando a la zaga a los ayillos de Manco y Auca. De ahí que recibiera aquel lugar los nombres de Alpitay y Quirirmanta, alusivos respectivamente al dolor de la separación, y a la herida o corte sangriento que suponía segregarse del conjunto de los inmigrantes, no sin cruentos combates, cuya memoria conserva la leyenda. Algunos del linaje de Ayar Uchu, por otro nombre los **allcahuizas**, quedaron sin embargo en Huanacauri, enterramiento de sus curacas. Los demás avanzaron al Cuzco, donde bajo el

mando de Copalimayta y Culunchima se coligaron con las sahuasiray, de la estirpe o tribu Sútij, y resistieron junto con los huallas la acometida de Manco, cuando éste se presentó al fin para apropiarse las tan codiciadas tierras cuzqueñas. Al lado de Manco aparece Mama Huaco, que unos analistas hacen, en su versión de la fábula, mujer de Auca, el Ayar gemelo de Manco, y otros, como Garcilaso, identifican con Mama Ocllo. Todo lo cual significa evidentemente que Manco y Auca y sus respectivas esposas acaudillaban dos ayillos o fratrías consanguíneas, que ejecutaron entrambas la conquista del Cuzco, atacando a los precedentes ayillos hermanos de Allcahuiza o Ayar Uchu, de Sahuasiray y Antasáyaj, procedentes de Sútij-tojo los últimos, y a los aborígenes huallas. Estos fueron vencidos con relativa facilidad en Huanaypata, donde parece haberse solemnizado la victoria con sacrificios humanos. No fué tan llana la empresa contra los de Ayar Uchu y Sahuasiray, súbditos del cacique Compalimayta quien rechazó una primera vez la invasión de Manco Capac, y no fué sojuzgado sino por el segundo asalto, **después de algunos meses**, dijeron a la letra a los comisionados del Virrey Toledo los indios nobles informantes. Según dicho relato, adueñado Manco del barrio de Pumapchupan y del de Inticancha, los de Ayar Uchu se mantuvieron, aunque vencidos, en el actual de Santa Clara; y permanecieron allí como en barrio autónomo hasta el reinado de Mayta Cápac, el cuarto Inca de la primera dinastía. A Ayar Uchu correspondía, entre otros, el ayillo de Arayraca-Cuzco-Callan, que figuró entre los principales incaicos. El linaje de Ayar Auca, unido siempre al de Manco, impuso el nombre del Cuzco y la piedra miliar central, como es de ver en el adagio incaico **Ayar Auca Cuzco Huanca**, en que **huanca** significa la piedra larga, señal del asiento de las parcialidades, y de la tumba o cenotafio de sus jefes. La etimología del Cuzco no puede ser aymara. Se deriva probablemente de los muy quechuas verbos **cusquini**, romper la tierra o deshacer terrones, o **cuscuni**, esmaltar, adornar y labrar con colores (como para el **súntur páucar**). Los orejones dominados y expulsos que fueron a vivir en las cercanías del Cuzco, y que se llamaban chilques, no han de derivarse de Ayar Auca, fiel hermano

de Manco, sino de los otros Ayares desidentes, o de los consanguíneos sítij (tampus). Eran compañeros y vecinos de los mascas; y ambos habitaban Ajcha, Paruro y Pacaritambo, la comarca solariega de todos los incas.

Se funda así el Cuzco por la aglomeración de poblados diversos, y la superposición de sus clanes o pequeñas tribus. Es el consabido **sinocismo** de que nacen las ciudades antiguas y clásicas. Nos vienen a la mente recuerdos de la Atenas de Teseo, de los palatinos y quirinos romanos, y de los cuatro barrios de Méjico, y la unión en él de Tenochtitlan y Tlatelulco. Importa mucho darse cuenta cabal de esta diversidad y jerarquía de los ayillos incaicos, porque de ellos dimanar la organización del futuro imperio y la gradación de las clases gobernantes. Después de los ayillos o panacas de inmediata descendencia imperial, venían los clanes o gentilidades procedentes de los Ayares, y sus fracciones o fratías; más abajo, los que hemos denominado vanguardia incaica, o sean maras y tampus; y en último término los restantes orejones confederados (sañoc, mascas, chilques, papris, quilliscachis, cahuinan y acomayos, etc.) Estos y no otros eran los **incas de privilegio**, a los que Lorente, y lo que es más de extrañar, algunos contemporáneos nuestros, han imaginado ennoblecidos en atención a méritos personales, que hay quien llega al ridículo extremo de calificar de servicios políticos. Es necesario carecer de todo sentido histórico, del instinto de los orígenes y de cuanto denominaron los románticos **apreciación del color local**, para imaginar que en un imperio primitivo y semibárbaro, embebido aún en exclusivismos de raza, brotado entre guerras y conquistas, pudiera haber una jerarquía de nobleza fundada en puros méritos personales. La estratificación de las clases fué, sobre todo a los principios, étnica, de fatalidad hereditaria: aristocracia verdadera de sangre, gentilicia, fisiológica. Todos los de la nación inca se sentían parientes, porque constituían gentilidades derivadas de antepasados reales o simbólicos; tenían distintivos semejantes (las orejeras y el llauto); númenes peculiares, cuyos sacerdocios eran privilegiados (por ejemplo, el ayillo de Tarpuntay para el Sol y Huiracocha, y la descendencia de Ayar Uchu para la piedra de

Huanacauri). De los incas inferiores u orejones de segunda clase, salían los inspectores o visitadores del imperio. Cuando se emprendía una campaña, formaban el cuerpo principal del ejército, algo muy parecido a la guardia noble de otras monarquías, o a los melóforos e inmortales de los persas aqueménides. Sólo ellos podían recibir la investidura del **huarochiqui**, correspondiente a la iniciación en esta orden de caballería hereditaria o milicia especial, que no era en suma sino la nación de los incas armada. Consta que el ídolo de Huanacauri, custodiado por los allcahuizas, se llevaba aún a las expediciones más lejanas, a manera de paladín. Cuando los dominios incaicos se extendieron, hubo, es cierto, altos jefes alienígenas, gobernadores de provincias o capitanes de millares, que no eran incas ni a veces quechuas, y feudatarios como el Gran Chimu y el curaca de Chíncha, conducidos sobre literas de honor en el séquito imperial; pero nunca se ve que alguno de éstos luciera el privativo título de Inca, que correspondía sólo a los cuzqueños orejones, bien residieran en la capital y sus cercanías, bien en colonias de mitimaes o guarniciones de fronteras, que hubieron de multiplicarse en las épocas posteriores. Muy claro dice Cieza que eran nobles de primer grado, o sean Incas "los que vivían en la parte del Cuzco y sus descendientes". Garcilaso, a pesar de su ingenuidad y errores, atribuye el privilegio del incazgo o dignidad nobiliaria superior a concesión de Manco Cápac, pero sólo a sus primeros vasallos. Sin reparar en tal limitación y en el sello hereditario y local, hay peruanistas que equiparan los incas de privilegio a los modernos lores ingleses, creados por el Rey de Gran Bretaña en atención a sus méritos y talentos individuales. Tal paralelo es una caricatura, de falsedad clamorosa, perjudicial en alto grado porque perturba toda recta comprensión de la sociedad incaica.

No menores despropósitos se han acumulado para negar la personalidad de Manco Cápac. A no ser que profesen ciertos críticos una especie de absurdo ateísmo histórico, y expliquen los movimientos de las naciones y los combates de las tribus, por impulsos colectivos tan inconscientes que para nada requieran la existencia de jefes o conductores, habrá que reconocer que la emi-

gración de Pacaritambo al Cuzco y los conflictos de los ayillos debieron de producirse bajo el mando e iniciativa de los respectivos curacas. Al que predominó, la historia incaica lo conoce bajo el nombre de Manco Capac; y no es racional objetarle o regatearle denominación tan añeja y confirmada. González de la Rosa se obstinó en tenerlo por un ser mítico y epónimo, cuando las pormenorizadas circunstancias de su itinerario, tal como aparece en las Informaciones de Toledo, el carácter totémico y propio de su primer nombre, que no tiene ninguna de las condiciones de los epónimos, y el culto privado, especial y gentilicio de su estatua, en todo igual al de sus efectivos sucesores y diferentísimo de las divinidades generales, nos están gritando su concreta personalidad. Es de extraña incongruencia rehusarla, porque no pareció su momia. Como el Licenciado Polo de Ondegardo tampoco halló la de Yáhuar Huájaj, y los indios, con verdad o por cautela, negaron que se hubiera descubierto la de Lloque Yupanqui, tendremos en virtud de tan fútil razonamiento que desconocer la efectividad de estos dos soberanos, comprobada por tantos otros testimonios. Ni es menos endeble el argumento que alega Latcham, consistente en el apelativo de Ayar, que aquí acepta que signifique difunto. Dice que, si existieron los jefes de las tribus o clanes, hubieron de morir antes de establecerse en el Cuzco, ya que allí se les calificó de fallecidos. De donde se derivaría con tan buena lógica que ningún muerto vivió jamás en el mismo lugar en que tal se le declara. Latcham deshace todavía más tan singular razón con la etimología que asigna al nombre incaico de Mayta, propio del cuarto soberano y de muchísimos orejones en todos los tiempos del imperio, pues lo deduce de bulto o imagen; y así, razonando en estricta analogía, habría que declarar imaginarios a todos los Maytas. Es un extremo chistoso de la extraviada y dogmática hipercrítica que infestó y asoló la historia a fines del siglo pasado y a principios del presente. No es tampoco argumento contra la efectividad de los Ayares, que se les simbolizara en piedras sagradas, como las **puru-raucas**, porque recordar y representar finados por monumentos de piedra, es uso constante desde las primeras culturas neolíticas (**dólmenes y menhires**), hasta los mausoleos contemporáneos, sin

que esto arguya la irrealidad del personaje rememorado; y porque la creencia en la conversión de hombres en piedras y viceversa, es superstición totémica muy extendida, verbigracia las **churingas** australianas y los usos de los **laches** en Nueva Granada. Según Aveniña, todos los pueblos del Tahuantinsuyu conservaban el recuerdo y el culto local de su fundador, al que calificaban de **marcálloj**. ¿Porqué habrá que establecer una monstruosa excepción de olvido o incertidumbre para el que fundó la mayor ciudad y el más glorioso imperio de todo el Perú antiguo? Ni es conjetura desdeñable la observación de lucir el hijo segundogénito de Manco, el que no heredó el curacazgo sino la cofradía o panaca gentilicia, el nombre de Chima, sinónimo probabilísimo del totem paterno, porque equivale al ave solar y augural **inti** o **malloco**, protectora de Manco Cápac y su tribu.

Esto nos lleva como por la mano al problema de la filiación paterna incaica, de la agnación o uterinidad de sus ayillos, que Latcham ha resuelto en el último sentido, contrariando la opinión tradicional y las más explícitas palabras de los cronistas antiguos, desde Cieza y Betanzos, hasta Sarmiento, Garcilaso y Cobo. Latcham opina que la parentela fué matrilineal en todo el Perú, salvo los últimos tiempos de los Incas; y atribuye la revolución patriarcalista y agnaticia, que juzga en suma frustrada, a los soberanos Pachacútej y Túpaj Yupanqui. El Sr. Ricardo E. Latcham está influido en demasía por los antiguos etnólogos Mac Lennan, Lubbock y Morgan, y los modernos Levy-Bruhl y Durkheim. Cree como ellos, sin atender a las refutaciones de Starcke en el mismo siglo XIX, que la promiscuidad primitiva ha sido universal y ha determinado dondequiera la exclusiva parentela materna. Es un adepto del evolucionismo unilateral y monótono, que pervirtió y esterilizó la Sociología positivista, contra la cual reaccionaba yo casi instintivamente desde mi juventud, alentado por los libros de Tarde. Sólo los llamados reaccionarios estamos a tono con las actuales direcciones científicas. La Etnología contemporánea rechaza el concepto evolucionista, simple, primario y mezquino de los procesos sociales. La historia de la humanidad no es tan uniforme; y así como en el transformismo vegetal y animal se han desacreditado los rígidos

árboles genealógicos de las especies, que trazaron los antiguos darvinistas, así en las sociedades se admite que los tipos son diversos, y que suelen coexistir en grandes áreas la descendencia matrilineal con la paterna, y la endogamia con la exogamia. Buena prueba de ello es cabalmente el Perú prehispano. Los primitivos escritores nos atestiguan, como el Padre Las Casas, que los costeños o yungas, en especial los **tallanas** y **huancavilcas**, heredaban por línea femenil, lo que es una prueba más, dicho sea de paso, de su parentesco con los chibchas. Los collas mostraban muchas huellas y resabios de lo mismo, y es muy explicable, conocida la libertad sexual de que entre ellos gozaban las solteras. La promiscuidad femenil necesariamente produce, en todos los lugares y las épocas, por la incertidumbre de la paternidad, la filiación materna. Pero Gómara es muy terminante al reconocer la herencia agnaticia entre los incas, y los otros autores confirman rotundamente el dato. Ni es probable que fuera sólo entre los incas, como parece indicarlo el texto de Gómara. Tello ha descubierto en Ancash genealogías puramente patrilineales. En Chavín, las estatuas más adornadas son las masculinas. En la alfarería de muy numerosas provincias, aparecen las mujeres acatando y reverenciando a los varones. El tipo de cultura a que pertenecieron las más de las naciones serranas, y especialísimamente la incaica, trae consigo el régimen patriarcal, con poligamia para los jefes y potentados. Los agricultores y pastores superiores practican casi siempre la primogenitura por línea paterna, con la superposición de sus clases y federaciones políticas, y dentro de su teocracia absoluta, moderada apenas por el consejo de los ancianos o mayores de las tribus, denominados entre los quechuas **púrij**. En todas las grandes monarquías conquistadoras, hasta en las negras de Dahomey y Achanti, se notan estas correspondencias. Los cultos varoniles de Huiracocha y del Sol, predominantes en el Perú incaico, disponen, por natural influencia, para el sistema paternal en las familias. Muchos de los ejemplos que trae Latham son de impertinencia manifiesta: se refieren a regiones como las de los pieles rojas, y los indios de Urabá, Bogotá y Chile, que no se hallaban en el mismo nivel de cultura que los genuinos incaicos. No menos inconducentes son algunas de las observaciones que pre-

senta. La palabra **panaca**, derivada de **pana**, hermana, no supone en su aplicación la exclusividad o predominio de la filiación materna, porque, a más de sus varias acepciones, una de ellas posiblemente metafórica, hay que atender a que ha sufrido, como casi todos los vocablos, la variación por la ley que ciertos alemanes llaman heterogénesis de los fines y que hace tan engañosa toda superficial etimología. En latín, **nepos** quiere decir a la vez nieto o sobrino; y procediendo a la manera de Latham, podría deducirse de allí que los romanos históricos no distinguían a los hermanos de los hijos, a los colaterales de los descendientes, no obstante estar demostrado su sistema patriarcal. La diversidad de apelaciones entre los hermanos para la lengua quechua (**hauaqui**, **pana**, **tura** y **ñaña**), según el sexo del que habla y del referido, y la de los hijos legítimos, naturales y adoptivos, de varón o de mujer, no tienen tampoco el carácter excepcional en el Perú ni en América que han querido ver algunos, ni son indicios de absoluta uterinidad, porque precisamente suponen la coexistencia de ambos sistemas de parentesco, el varonil y el femenil, y porque se advierten en lenguas europeas como la vascuence.

La vida de las sociedades primitivas, menos atareadas que las actuales y muy propicias a la invención verbal, desarrolla los varios términos de parentesco, sin que tal proliferación de nombres esté indisolublemente unida al sistema de filiación matrilineal. Los griegos homéricos distinguían, entre las cuñadas, las **einateres**, mujeres respectivas de varios hermanos, y las **galoi**, vínculo de una hermana con la mujer del hermano. Lo primero corresponde, por la gradación eufónica del griego al latín, a las **janitrices** romanas, mencionadas arcaicamente todavía en el Digesto. Matices de parentela que se han perdido en las simplificaciones modernas, pero que subsistían dentro del evidente régimen patriarcal y agnático de helenos e itálicos. En sentido contrario, la generalización de los títulos quechuas o aymaras de **mama**, **taita**, **tata**, **auqui**, a todos los ancianos y ancianas del pueblo, no envuelve la inestabilidad de los vínculos paternos y la presunción de la promiscuidad. Hartos estamos de oír en España llamar a los aldeanos viejos de ambos sexos abuelos y tíos por todo el vecindario, y sería absurdo atribuir tal

costumbre a un vestigio de hetairismo. Los quechuas pueden atestiguar su arraigado concepto de familia patriarcal, además de los textos de los cronistas, con el vocablo **pihui**, que se aplica tanto al hijo como a la esposa legítimos. La colocación del apelativo o título materno junto con el paterno o antes de él, no es prueba concluyente de predominar la uterinidad, como se ve por la práctica de muchas naciones modernas (España, Portugal e Inglaterra). Y es evidente que, dentro de la parentela paterna, no heredan siempre los hombres, porque en determinados casos puede heredar la mujer por preferencia de grado y línea, como ocurría en los antiguos mayorazgos castellanos. Ni el apellido paterno deja de sufrir intermisiones, aún dentro de la familia paterna, como en la Edad Media española, cuando venían a ser sólo nietos o bisnietos los que reproducían el patronímico del ascendiente. A estas observaciones del sentido común, conviene agregar que entre los salvajes y bárbaros el totem es con frecuencia individual, y por eso no se hereda de continuo su nombre; y que el totem del grupo no proporciona siempre la denominación de todos los del clan, sino la del jefe o los principales. Latcham no ha tenido en cuenta nada de esto. Su estudio, muy débilmente argumentado, está compuesto con gran desorden e incoherencia. Llega en una ocasión, (pag. 56, **Orígenes de los Incas y sus ayillos**), a denominar prima de un soberano a la que era hija del padre de éste en mujer de diferente estirpe. Ha hecho tal batiburrillo que finalmente declara falsas todas las panacas incaicas, porque no llevan los nombres de los Incas sus fundadores, que hubieron de ser en su sistema hermanos uterinos de las pallas que encabezaban dichas estirpes. Se ha obstinado en no comprender que los referidos ayillos se componían, según todas las autoridades conocidas, de descendencias computadas por la línea paterna, y que sus designaciones no eran patronímicas sino a menudo simbólicas o locales. El Inca soberano, que abandonaba su nombre totémico para asumir otro oficial y ritual, encargaba la panaca de sus descendientes, nó al heredero del trono, sino a un hijo segundogénito o pospuesto. Así lo dicen todos los historiadores primitivos de los Incas. Si rechazamos sus testimonios, y pretendemos reemplazarlos con arbitrarias conjeturas y fantasías individuales, queda destruida de

raíz la posibilidad de una historia o aún etnografía incaica. Al examinar los ayillos incaicos nos sorprende la persistencia de los apelativos paternos. A mediados del siglo XVI, según las Informaciones de Toledo, los de la panaca Chima tenían como pariente mayor al indio noble llamado D. Juan Huarhua Chima, sin duda en recuerdo del hijo segundo de Manco llamado Chima, que estableció aquella panaca. Entre los descendientes de Mayta Cápac, figuraban Usca Mayta y Cuca Mayta. Los vástagos de los Incas Pachacútej Yupanqui y Huiracocha Yupanqui se llamaban en sucesivas generaciones Muyna Yupanqui. En el ayillo de Túpaj Yupanqui ostentaban varios el heredado título de Túpaj. Lo mismo ocurría entre los orejones secundarios. Así, el ayillo de Sahuasiray (tampus) estaba regido por el pariente mayor D. Martín Mayta Sahuasiray. Y para que se vea que la filiación paterna no se limitaba a los Incas, según creyó Gómara, leemos que infinidad de curacas de todo el Perú heredaban los nombres de sus antepasados paternos. Lo comprueba el caso de Huaman Poma de Ayala, el recién descubierto cronista, y lo corroboran las tantas veces citadas Informaciones de Toledo. Por ejemplo, en la de Jauja, el curaca D. Alonso Puma Hualla era hijo de **Huamanchi Hualla**, nieto de Sajsa Huaman y bisnieto de Apu Hualla. Aquí está patente lo que apuntamos sobre la sucesión alternada de los apellidos paternos, como en los castellanos medioevales. El curaca D. Diego Rucana de Hurinhuanca, era hijo y nieto de otros del apellido Rucana. Puma era nieto de un Puma; Huaman de Huamanga, hijo de Astur y nieto de Huaman Astu. D. Francisco Antihualpa, gobernador de Antisuyu, era nieto de Purum **Huallpa Sujsu**. Los que no continúan los apellidos del padre o del abuelo, declaran, no obstante, su filiación paterna y que por ella heredaron sus curacazgos. Con la poligamia existente, es claro que tenían que variar los nombres de los muy numerosos hijos, para evitar confusiones; pero siempre se advierte el retorno a los apellidos del tronco paterno. En el ayillo imperial de Yáhuar Huájaj, llamado **Aucalli Panaca**, uno de los parientes mayores, al tiempo de Virrey Toledo, se llamaba D. Gonzalo Páucar Aucalli, porque el hijo mayor de Yáhuar Huájaj, excluido del trono y encargado de la panaca o cofradía, se llamó Páucar.

En vista de todos estos datos, hay que concluir que entre los Incas, y entre los quechuas generalmente, existió la filiación paterna, con preferencia a la materna, la cual era tenida en cuenta de manera accesoria. Cuando los incas relataban sus leyendas, ponían en primer término a los héroes varones; y esto a tal punto que, hablando de la prueba de las tierras con la estaca de oro para fundar el Cuzco, los orejones declarantes corrigieron el texto de Navamuel y de Sarmiento, para atribuir la fundación a Manco Cápac ante todo (Sarmiento, edición Berlín, 1906, cap. 13, pag. 38). El predominio del sistema patriarcal fué una de las superioridades más evidentes de los incas y los quechuas en el antiguo Perú; y por la solidez tribal que establecía, quizá la mayor razón de sus victorias, de la rapidez de sus conquistas y de la dilatación de su imperio.